

**Margarita**

Margarita cogió el autobús de línea como hacía todos los días para acudir al trabajo. El trayecto duraba unos 30 minutos y en los tres años que llevaba utilizando este autobús había tenido ocasión de conocer a bastante gente, aunque su príncipe azul no había aparecido todavía, pese a que llevaba esperándole bastantes de los 45 años que tenía. Como era su costumbre, se sentó en un asiento junto a la ventana y esperó a ver quien se sentaba en el asiento de al lado. No hubo suerte; en la siguiente parada entró y se sentó junto a ella un melencólico que llevaba varios pendientes en una oreja y una cazadora de cuero con muchas chinchetas, vestía unos pantalones vaqueros con varios agujeros y unas botas negras tremendas de grandes. Por lo menos parecía que iba aseado, pues olía muy bien. El joven contrastaba exageradamente con ella, que iba vestida con un traje de chaqueta y falda rosa y se había pintado los ojos de azul y los labios de rojo.

Llevaban unos diez minutos de viaje cuando oyó la voz del joven que le decía:

- Lleva usted un colgante igual que el que tenía mi madre.

Se extrañó de lo dulce que sonaba su voz para el aspecto tan andrajoso que tenía.

- Le aseguro que éste que llevo lo compré yo, no se lo he quitado a nadie, ni siquiera lo he encontrado. Si lo hubiese encontrado lo hubiese llevado a la oficina de objetos perdidos, pues yo soy muy decente.

- No se enfade usted, no se lo he dicho por eso. Es que mi madre falleció hace dos años y al ver el colgante me ha recordado a ella.

Margarita se quedó sin saber que decir; menos mal que el muchacho siguió hablando.

- Yo hubiese querido quedarme con el colgante, pues era la joya favorita de mi madre, siempre la llevaba puesta, pero mi tía, una hermana de

ella, se empeñó en llevársela y no pude decirle que no.

- Pues me parece muy mal, los hijos son lo primero.

En ese instante notaron como el autobús hizo un movimiento brusco y se paró. El chofer se bajó para ver lo que ocurría. Cuando volvió a subir al autobús se dirigió a la gente que estaba dentro y les anunció que una de las ruedas se había pinchado y que iba a llamar para que vinieran a ayudarlo, pues él solo no podía cambiarla.

- Pues vaya faena, como no llegue a tiempo mi jefa se va a preocupar y además va a llegar tarde al trabajo y encima se me ha olvidado el móvil en casa y no le puedo avisar- dijo Margarita en voz alta.

- Si quiere usted llamar puedo dejarle el mío- le dijo el joven.

- Pues se lo agradezco mucho. Es que trabajo en una casa haciendo las tareas del hogar y cuidando dos niños y hasta que no voy yo su madre no puede ir a trabajar.

- Lo comprendo- le dijo el joven mientras sacaba el teléfono de uno de los bolsillos interiores de la cazadora.

- Me tendrá que decir como funciona, es bastante más complicado que el mío.

- Marque usted el número y luego apriete esta tecla verde.

Margarita llamó y le explicó a Claudia lo que ocurría. Cuando terminó de hablar con ella, le devolvió el teléfono al joven para que lo apagara.

- Me ha dicho que no hay ningún problema, que esté tranquila, que puede quedarse hasta que llegue yo.

- Me alegro de que haya podido solucionarlo.

- No sé como agradecerle el favor que me ha hecho.

- No se preocupe, no ha sido ninguna molestia.

- Ya sé como hacerlo- dijo mientras soltaba el cierre de la cadena del

colgante- puede quedarse con ésto, yo ya estoy un poco cansada de llevarlo.

- Se lo agradezco mucho, pero no puedo aceptarlo.

Margarita insistió tanto que el joven no tuvo mas remedio que cogerlo.

- Gracias, no sabe lo mucho que esto significa para mí. Estoy en deuda con usted. Le voy a dejar mi tarjeta y si algún día necesita usted algo no dude en llamarme- le dijo mientras sacaba una tarjeta de su cartera.

De repente a Margarita le había picado la curiosidad de saber algo de él, pues parecía un chico tan bueno.

- ¿A que se dedica usted joven?

- Soy cantante.

- ¿Y que va, a ensayar con su grupo?

- Pues no, es un poco temprano para ensayar. Voy a una cadena de televisión que está por aquí; esta noche me van a dar un premio y voy a hablar con el director del programa para ver como lo van a organizar.

"Este chico está un poco trastornado. Pobrecito, la muerte de su madre le ha debido de afectar bastante" pensó Margarita.

Mientras conversaban vinieron dos hombres vestidos con buzo azul y cambiaron la rueda en cuestión de cinco minutos, tras lo cual reemprendieron el recorrido. El joven se bajó en la parada más cercana a una cadena de televisión pero Margarita pensó que aquello era para justificar lo que le había dicho. Antes de bajar, el muchacho volvió a darle las gracias por el regalo.

Por la noche, cuando llegó a casa preparó una ensalada y encendió la televisión para tener compañía mientras cenaba. Como de costumbre no había nada interesante en ninguna cadena; sin embargo en una de ellas había un programa en el que daban unos premios a unos músicos; decidió verlo ya que se acordó del joven de la mañana. Después de una hora viendo

el programa, cuando ya aburrida se disponía a acostarse y leer su novela de amor un rato antes de dormirse, apareció en la pequeña pantalla. Era él, no le cabía ninguna duda.

No podía llegar a creer que había estado hablando con un cantante famoso y a pesar de que él se lo había dicho, ella en lugar de creerle le había tomado por loco. Para algo interesante que le había sucedido en su monótona vida, no se había dado ni cuenta.

A la mañana siguiente le contó a Claudia, lo que le había sucedido. Ella sí que le conocía, era un cantante que estaba muy de moda. Le sugirió a Margarita que ya que tenía su número de teléfono podría llamarle, sin embargo ella, que era muy decente, se negó en redondo y ahí terminó su conversación sobre el tema.

Margarita decidió que lo mejor era olvidarse del asunto y continuar con su vida como de costumbre. Y eso fue lo que hizo. Hasta que un día, un par de meses después, Claudia le dijo que iban a entrevistar al muchacho en un programa de la televisión esa misma noche.

No se perdió el programa. Cuando llegó la hora, se sentó en la mesa de la sala mientras cenaba, sin quitar ojo de la pequeña pantalla.

Llevaban ya media hora de entrevista. El joven había contado como su madre había fallecido dos años antes; ahora vivía con su padre, no tenía hermanos y vivían los dos solos; gracias a la música había conseguido salir de la depresión en la que estuvo sumido durante más de un año.

- ¿Hay algo de lo que estés especialmente arrepentido?- le preguntó la entrevistadora.

- Pues la verdad es que sí.

- ¿Podemos saber qué es?

- Por supuesto. Estoy arrepentido de no haberle pedido el número de

teléfono a una mujer que conocí hace unas semanas en un autobús.

A Margarita se le cayó el tenedor que sostenía en la mano.

- Debe de ser una chica muy especial para que haya calado tan hondo en tí. ¿Podría tratarse de un posible romance?

- No, no es lo que piensas. Es una señora que conocí en un autobús de línea y que no dudó en regalarme un colgante que llevaba porque le dije que mi madre había tenido uno igual. Yo creo que no me dio tiempo a reaccionar en ese momento, pero ahora me doy cuenta de que pocas personas serían capaces de un gesto tan generoso.

- En eso estoy de acuerdo contigo. De todas formas si esta señora nos está viendo en este momento podemos facilitar un número de teléfono al que ella nos pueda llamar y así ponerte en contacto con ella.

- Me parece una idea genial.

El sonido del teléfono hizo reaccionar a Margarita, que llevaba un buen rato sin parpadear.

- Marga, no seas tonta y haz el favor de llamar- oyó la voz de Claudia al otro lado del hilo telefónico- Si no lo haces tú les llamo yo y les doy tu número de teléfono.

Margarita no tuvo más remedio que llamar al número que en ese momento aparecía en la pantalla. Una señorita muy amable le atendió y le pidió su número de teléfono para anotarlo.

Continuó viendo la tele, aunque no pudo seguir cenando pues había perdido el apetito. Al poco de terminar el programa sonó el teléfono. Margarita lo cogió y preguntó con voz temblorosa:

- ¿Dígame?

- Le agradezco mucho que haya decidido llamar.- Era él.- Ya sé que es un poco tarde pero me ha parecido mejor llamarle hoy. Lo único que

quisiera era quedar con usted un día para tomar un café y charlar para conocernos un poco.

Quedaron en verse al día siguiente. Margarita no pudo dormir esa noche. Evidentemente no era su tipo, pues era mucho mas joven que ella, pero sentía un gran afecto por el muchacho y estaba muy emocionada por lo que le estaba ocurriendo.

Puso un cuidado especial en arreglarse para la cita. Se vistió lo mas juvenil que pudo y no se pintó demasiado. Cuando llegó a la cafetería donde habían quedado, él ya estaba allí. Estaba sentado en una mesa junto a un señor elegantemente vestido con un traje azul marino y una corbata a juego. En cuanto se acercó a ellos el joven se lo presentó.

- Este es mi padre, se llama Mauricio. Espero que no le moleste que haya venido.

- Por supuesto que no, al contrario, es un placer.- Margarita no mentía y le resultaba difícil disimular lo contenta que estaba.

Se sentó con ellos a la mesa. Poco después de haber pedido unos cafés a la camarera se acercaron dos chicas y cuando se aseguraron que el muchacho era realmente quien era, le pidieron un autógrafo. Pronto se enteró la gente que él estaba allí y todos fueron acercándose para lo mismo, de forma que no tuvo mas remedo que levantarse de la mesa. Esto les permitió a Margarita y Mauricio iniciar una interesante conversación. Ella estaba encantada de la vida, y eso que no sabía que lo mejor estaba aún por venir.